

P. Víctor Gambino C., s. d. b.

CATEQUESIS EXISTENCIAL DE LA VOCACION A LA LUZ DE LA ECLESIOLOGIA ACTUAL

I. INTRODUCCION

El tema que se me ha encomendado tiene como título: "Catequesis existencial de la vocación".

Todo lo que escriba sobre esto, lo considero como una orientación. El objetivo, además es limitado, quiere tan sólo encuadrar la compleja problemática vocacional en una visión orgánica que posibilite una verdadera profundización doctrinal y ubique el problema de la vocación en el conjunto de una visión eclesiológica.

Pondré el acento sobre una Orientación de fondo del Concilio Vaticano II que ha llevado, en este campo, un verdadero cambio de mentalidad.

Esta Orientación de fondo es la siguiente: la pastoral de las vocaciones debe emplear todo lo que esté a su alcance para que la vida y la misión de la Iglesia **se fundamenten sobre la responsabilidad común de los cristianos.**

Tomando seriamente esta vocación comunitaria, por una parte podré hacer aparecer, con mayor claridad, la especificación de las vocaciones en el plano de la pastoral, y de otra, podré esperar que nuestros esfuerzos vocacionales encuentren un eco en el pueblo cristiano.

Esta Orientación la encuentro en los grandes documentos del Concilio Vaticano II; en forma particular en "Lumen Gentium", en "Ad Gentes", en "Gaudium et Spes", que han traído un verdadero vuelco de mentalidad en este campo.

En esta Orientación no pretendo presentar un trabajo completo y analítico. Ni siquiera una metodología ya debidamente definida.

Quisiera recordar tan sólo algunos principios, sugerir distinciones y bosquejar una síntesis que sirva a madurar una fructuosa inteligencia del Misterio de la llamada de Dios.

Propongo como desarrollo de esta Orientación, dos niveles:

- 1º El nivel de la **persona**, recordando alguna característica de la "vocación cristiana". La ubicaré en el dinamismo humano tendido hacia la maduración y sugeriré algunas pistas catequísticas;

2º El nivel de la **comunidad eclesial**, presentando a la Iglesia como "Sacramento de Salvación" del mundo.

Hubiera querido delinear un tercer nivel: el nivel de las diferencias vocacionales en la Iglesia, esto es, el nivel de la vocación cristiana al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa.

Por imposibilidad real de espacio, debo desistir. Dejo al lector aplicar a su proyecto personal de vida cristiana cuanto he propuesto en los dos primeros niveles.

Agregaré sin embargo alguna palabra, explicando, en breves pinceladas, cómo la vocación general de la Iglesia requiere necesariamente para funcionar, la presencia de vocaciones específicas, en particular aquella del sacerdote y del religioso.

II. LA VOCACION DEL CRISTIANO

En el lenguaje corriente, se entiende por vocación la inclinación y la aptitud que tiene una persona para un determinado estado de vida, para una profesión o para un arte (1).

En el uso común del lenguaje cristiano, el término vocación, en cambio, es usado para indicar aquel complejo de inclinaciones, acompañadas de una especial generosidad, que lleva al cristiano a comprometerse en el ministerio sacerdotal o en el carisma de la vida religiosa.

Esta definición, común y popular, es muy vaga, sea a nivel humano como cristiano. Entre otras cosas no explica cómo el cristiano es llamado a participar, al mismo tiempo, a la vida que fluye fuera y dentro de él, en un todo único, recapitulado en la Iglesia, Sacramento de Salvación en medio de los hombres.

1. Persona y vocación

El hombre no es solamente un espectador o un constructor del mundo. El hombre es, ante todo, un "actor" de sí mismo.

Esto quiere decir que el hombre no se realiza simplemente en la actividad, sino en aquella **acción** que, modificando su existencia externa, construye, al mismo tiempo, **su dimensión interior** (2).

En concreto, cualquiera que sea el servicio realizado por la vocación, ella es siempre, en el fondo, una acción que abre al hombre a su plenitud, permitiéndole llegar a ser eso que no es todavía.

(1) Cfr. de H. Carrier, **La Vocation, dynamismes psycho-sociologiques**, Presses de l'Université Grégorienne, Rome, 1966.

(2) Para una elaboración más amplia de este tema, leer R. Panikkar, **L'Homme qui devient Dieu**, éd. Aubier, Paris, 1969: "La praxis serait cette activité de l'homme qui modifie et même façonne non seulement son existence extérieure, mais aussi la dimension intérieure de sa vie" (pág. 41).

Antes aún, que la vocación venga a determinar una dirección de marcha, el hombre es ya en sí mismo un itinerante, uno que deviene.

Descubrimos que la primera dimensión del hombre religioso es la percepción mística de que hay en nosotros un movimiento, una vocación, que nos empuja hacia adelante, hacia la plenitud, esto es, hacia Dios.

Esto siempre y mucho más hasta la plena realización de la vida y el encuentro con Dios.

Concretamente, la vocación a nivel humano es la **respuesta a la capacidad que el hombre posee de encaminarse hacia su plenitud**. Más concretamente todavía, la vocación es el **servicio de un valor**. Es el empeño vital de una persona que quiere emplear su existencia para empujar la historia del hombre hacia su perfección.

Una persona vive la vocación, no sólo cuando demuestra una inclinación hacia un estado de vida, una profesión o un arte, sino cuando, libremente, organiza y unifica su vida, según sus posibilidades, en función de un valor.

Lo vocación se manifiesta como acto que nos abre la posibilidad de la perfección, esto es, que nos permite llegar a ser eso que no somos todavía. No es solamente el fruto de una simpatía natural, sino **una iniciativa personal que consagra la vida** al servicio de un valor reconocido como tal.

Las inclinaciones naturales, los instintos y las tendencias, no son el motor de una vocación. A veces llegan a ser un elemento de perturbación. La vocación es profundamente "personal", inserta, sin duda, en una estructura biológica y natural de inclinaciones, gestos y habilidades, pero que se encuentra, estrictamente hablando, sólo en el ámbito del espíritu y de la libertad y sirve de medida definitiva al sentido de una existencia humana (3).

Una vocación conduce siempre al hombre a su realización y plenitud, se podría decir que la vocación es la **praxis auténtica**, esto es, el camino hacia la salvación del individuo. Pero existe la posibilidad de una **pseudo-praxis** o, lo que es lo mismo, de una acción que no construya al hombre, que no lo realice.

La vocación personal exige que el hombre llegue a ser un factor esencial del propio destino. Puede llegar a la meta, como perderse por el camino, desordenarse. Llegar, como detenerse en su devenir. No se trata de dos posibilidades homogéneas o de una alternativa en el mismo plano, como podría ser el cielo o el infierno, sino de la posibilidad de realizar o no aquel destino al cual el individuo parecía ser llamado.

La vida del hombre no está actualizada hasta que no escoge con coraje una vocación concreta. No es la biología, sino el espíritu el que construye, al mismo tiempo, la historia y el hombre.

Se puede decir que la persona humana es estructurada para la vocación: nace, en efecto, como proyecto intencional que debe ser realizado por las decisiones unificadoras del espíritu.

(3) Muy interesante sobre este tema el libro de Marc Oraison, **Vocation Phénomène humain**, Desclée de Brouwer, París, 1970, sobre todo a pp. 47-74.

Los hombres que no realizan una vocación, son individuos sin nombre, que no han actualizado el "más aún de ser" de su existencia.

En definitiva, estos hombres no existen para la humanidad. La vocación, al nivel humano, es para todo hombre, el nombre histórico de su persona.

2. Dios y vocación

En su nivel cristiano, la vocación es la **llamada de Dios en Cristo**, hecha al hombre para actuar en la Iglesia, Sacramento de Salvación.

Esta descripción cristiana de la vocación no se opone ni excluye la anterior, la presupone. Los valores humanos llegan a ser **la materia** con los cuales Cristo construye en nosotros y con nosotros el anuncio de la salvación, realizado por El una vez para siempre.

¿Qué cosa queremos decir cuando afirmamos que la vocación es una llamada de Dios en Cristo Jesús?

Podemos adelantar algunas observaciones:

En la vocación cristiana se debe subrayar la primacía de la **iniciativa de Dios** en vista del anuncio de Cristo, Palabra de Dios, para la salvación del mundo. "Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad" (DV 2).

Sólo Dios puede salvar. El tiene la iniciativa. El nos llama a entrar en una Iglesia, sacramento del misterio de Cristo para el anuncio de la Salvación, hoy.

Se trata del Dios vivo, del Dios de la fe, que impulsa su empeño por el hombre, hasta la encarnación de su Verbo y que, con la muerte y resurrección de Jesús, llama al hombre por el único e idéntico empeño de salvación de Cristo (4).

Dios en la vocación, nos toma totalmente para sí, dándonos por consecuencia "un nombre nuevo que ninguno conoce, sino aquél que lo recibe" (Ap. 2, 17).

En el Cristianismo encontramos esta profunda originalidad: la vocación es **el empeño interpersonal de Dios y del hombre** al servicio del valor de la salvación del mundo. El amor que llama hace "persona" irrepetible al incierto "individuo" que el hombre sería en sí mismo.

La vocación es un hecho personalísimo. Empeña al hombre, con su originalidad no repetida, a decir a los hermanos que ellos son amados por Dios y llamados a la resurrección.

En la persona humana, la capacidad de descubrir la iniciativa del Dios Vivo y de escuchar su llamada es, concretamente, la actividad espiritual de **la fe**.

La fe es la participación del hombre a la libre autodonación de Dios y el don personal de sí mismo a El. La fe es una realidad profundamente **interpersonal** es-

(4) La iniciativa libre de Dios es la forma concreta por la cual la gracia misericordiosa de Dios aparece entre los hombres. La respuesta que Dios espera del hombre es el "sí" que sigue y obedece con docilidad y disponibilidad. La base de la vocación es el libre amor de Dios. Ella exige como respuesta el amor libre del elegido, porque al amor se corresponde sólo con el amor (cfr. Dev. 11, 44).

estructurada con los valores del espíritu: es don de Dios y aceptación del hombre, es invitación y decisión libre del hombre; es, por una parte, responsabilidad e iniciativa de Dios, y, de la otra, corresponsabilidad y coactividad del hombre. Dicho en otras palabras, la fe es la **apertura existencial** del hombre hacia Dios.

Esta apertura consiste en la capacidad que posee el hombre de poderse encaminar hacia su plenitud, o sea hacia su plena realización. El hombre, en efecto, es un ser inquisitivo, que desea, que busca, que camina siempre adelante hacia un "más aún", un horizonte que vislumbra, pero colocado siempre más allá de eso que alcanza y que toca (5).

En este sentido **la educación de la fe es una educación de la vocación**. La vocación nace con la fe y las dos pertenecen a la estructura siempre en la búsqueda del hombre. La vocación cristiana madura pues en el ámbito de la educación de la fe.

Jesucristo es el amor, empeño extremo de Dios por el hombre. Jesús es el nombre de la vocación cristiana. De esto sigue la liberación definitiva del hombre del cual nos hablan S. Juan (Juan 8,32) y S. Pablo (Gal. 5,1); libertad total que llega hasta la liberación de la muerte.

El hombre no puede ser él solo el beneficiado con el resultado de este empeño. Debe tomar parte íntimamente a este amor por el mundo. El hombre está siempre llamado y envuelto en este empeño. Cualquiera que sea la vocación cristiana, el aspecto formal de la vocación es siempre una misión de salvación para la humanidad. El hombre no es llamado para sí mismo, sino para los hermanos. El empeño de salvación de Dios está íntimamente ligado a los valores existenciales del hombre.

La Iglesia, sacramento de Cristo, no es tan sólo el empeño total de la llamada de Dios a Abrahán, sino también la manifestación, la rehabilitación y la realización plena de la vocación del hombre, comenzada embrionalmente en el primer Adán (Cfr. GS, 22).

El empeño de salvación de Dios a través de la Iglesia se extiende a todos los valores creados. La Iglesia no es el mundo, pero ella está en el mundo. Más aún, ella está formada de la carne del mundo en el sentido pleno de la palabra. Ella es humana. Está formada por hombres que viven en el universo y participan en la historia con sus existencias y proyectos, sus alegrías y esperanzas, su solidaridad y sus luchas. La Iglesia confiesa que Dios ha intervenido en la historia, en Jesucristo, muerto y resucitado (6).

La vocación cristiana no es fuga del mundo, sino que es, gracias al Espíritu de Cristo, una **manera divina y salvífica de estar presente**.

La Catequesis de la vocación está ligada a la historia del hombre. Es una catequesis, como se dice, en situación. Esto es, habla un lenguaje totalmente histórico: no engendra la vida partiendo del pensamiento y el empeño partiendo de la vida. El pensamiento sigue a la vida. Como Jesucristo se ha hecho "verdadero hombre",

(5) Cfr. Marcel Légaut, *L'homme à la recherche de son humanité*, Ed. Aubier, París, 1971, sobre todo el capítulo: "Attente et recherche dans la vie spirituelle", pp. 267-283.

(6) Cfr. R. Coffy y R. Varro, *Eglise signe de salut au milieu des hommes*, Le Centurion, París, 1972.

en una historia precisa y no ha inventado una humanidad separada y diferente, así la catequesis se hace "verdaderamente humana" y totalmente histórica. Ella asume la experiencia y el lenguaje del hombre. Lenguaje no inventado a priori, sino descrito por la historia de la cultura contemporánea y reconocido en la conciencia de lo que vive este hombre.

3. Dios y persona en la vocación

La Catequesis de la vocación debe tener en cuenta otro hecho. Precisamente porque es interpersonal, la vocación cristiana tiene dos aspectos bien distintos:

- la **llamada**, la iniciativa de Dios;
- la **aceptación** o la coiniciativa del hombre.

Sin embargo, es necesario notar que no se trata de dos elementos separados, sino de **una única realidad**, esto es, del hombre que se vuelve, en su madurez cristiana, co-extensivo con la voluntad de Dios, esto es, del hombre capaz de abrazar el proyecto de Dios.

El Dios Vivo que llama, integra la historia del hombre que es llamado, en una armoniosa síntesis con su plan universal de salvación para todos los hombres.

La respuesta del hombre a Dios es, ciertamente, siempre un acto de fe, pero este acto de fe encuentra **coexistencia** con el impulso o proyecto del propio "yo".

a) La iniciativa de Dios

Dios no nos llama en forma caprichosa, prescindiendo de las expectativas del hombre. La vocación de Abraham, no obstante la edad y la esterilidad de Sara, estaba en la línea de su deseo natural: tener hijos, poseer tierras y dar inicio a una descendencia poderosa.

Estos deseos se realizan de una manera que sobrepaja "toda inteligencia" (Fil. 4, 7). Dios los lleva mucho más allá de las posibilidades naturales.

El don de Dios, fundamentalmente, es la acogida de una "gran alegría" (Luc. 2, 10), alegría más grande de aquella que el hombre puede esperar, justamente porque Dios es más grande que nuestro corazón. (1 Juan, 3, 20).

La vocación del hombre comprende la riqueza de toda su personalidad y **está en la línea de su intención**. Está en armonía con las disposiciones, las cualidades y dotes de carácter, si bien se coloca en un plano superior.

Dios llama al hombre a unir su acción con el compromiso de Cristo, esto es, a dar, como El, la vida por los hermanos (1 Juan 3, 16). Esta misión, fundamentalmente, es **recibir**; es una vida y la manifestación al mundo de esta vida nueva. Se trata de una elección que compromete la persona al servicio de un valor de salvación.

Con su llamada, Dios dice substancialmente al hombre: ¿quieres permanecer conmigo? Y le propone realizar con El una obra de amor para los hermanos.

La vocación, en este sentido, es siempre la invitación a colaborar con Dios, revelando al mundo cómo nos transformamos escuchando la palabra de Dios y celebrando el misterio de Cristo (7).

El hombre se siente colaborador y no antagonista o competidor. Allí hay una misteriosa coincidencia, un acuerdo sincero y sin límites, entre la llamada y la disposición interior a la obediencia al Padre.

El proyecto de realización de los propios ideales, de los propios intereses innatos, naturales, la convicción de estar respondiendo a una llamada de Dios lleva a escoger, entre varias posibilidades, el proyecto de Dios como se revela en la oración y en la meditación.

El Espíritu de Dios inscribe ordinariamente su acción en el humus humano. Sin olvidar sin embargo que la vocación cristiana no se cierra nunca en el terreno de las posibilidades puramente naturales. El espíritu de Dios obra a menudo en una manera desconcertante, prescindiendo de lo humanamente previsible (8).

El cristiano es pues aquel que llega a ser totalmente "elemento", apto para recibir la forma de Cristo; "materia" que es elevada, como María, Madre de Jesús, a la actividad de gaza, matriz de todo lo que Dios quiere.

La madurez cristiana es, por cierto, un proyecto en la medida del yo, pero al mismo tiempo está abierto al Espíritu de Cristo que opera en el hombre en forma libre, a menudo desconcertante (9).

El yo del cristiano es idéntico, no en la línea continua de una permanencia pobre y estática, sino en un acto continuo de escucha, de oyente.

Esto supone un encarnado instinto sobrenatural de obediencia. El hombre maduro es aquel que libremente, de una vez para siempre, ha optado por el Señor y su servicio. Por esto responsablemente "ha crucificado la carne con sus pasiones" y puede decir con S. Pablo "gracias a Cristo el mundo para mí ha sido crucificado, como yo para el mundo..., en efecto yo llevo los estigmas de Jesús en mi cuerpo" (Gal. 6, 14-17).

Este hombre anhela aquella salvación que supera todas las otras y las promesas terrenas de salvación (Rom. 15, 13).

La ausencia de crisis y de novedades no es sinónimo de coherencia del yo. El cristiano es el hombre libre que acepta, en la continuidad, el compromiso de Dios en Cristo: El está continuamente en estado de alerta: "Señor, ¿qué quieres que yo haga? (Act. 9, 6). Pues las obras de Dios y de la Iglesia son fruto de razón y sabiduría. Es necesario que ninguno pueda atribuir las al genio de un artista humano. Se trata de una ley de purificación de lo individual y del humano (10).

(7) Ibidem, pp. 66-67.

(8) Se leerá con provecho el estudio de C. A. Bernard, *L'idée de vocation* en Greg. 49, 479-509.

(9) Aunque en otra perspectiva distinta de la nuestra, se leerá con mucho provecho el estudio de J. M. R. Tillard, *Devant Dieu et pour le monde*, Ed. du Cerf, París, 1974, pp. 61-67.

(10) Cfr. Ch. Journet, *Le mystère de l'Eglise*, tomo I, París-Bruges, 1941, pág. 131.

Todo lo humano llega a ser así "sacramento" de la iniciativa de Dios, como la Iglesia es sacramento de salvación en medio de los hombres en la medida en la cual se vuelve continuamente al misterio que la habita.

Así Dios ha llamado a los apóstoles por medio de Cristo; y así los apóstoles han llamado a otros en una concatenación descendente que llega a todo cristiano.

La llamada de Dios no es un "milagro", sino un "sacramento": los hombres portadores de esta sacramentalidad deben saberla manifestar eficazmente.

b) **La coiniativa del hombre**, implica siempre una decisión personal libre, iluminada y dinamizada por la fe.

El elemento más importante en la vocación es **la fe**, que es la postura, gesto fundamental de respuesta a la llamada, capacidad de disponibilidad que acepta colaborar identificándose, sin condiciones, al Dios que llama.

La tradición bíblica y cristiana exalta en Abraham, especialmente la fe (Rom. 4, 14-22) y en Jesucristo el abandono obediente al Padre.

Por la fe el cristiano se abandona en Dios por entero, libremente (DV, 5). Su existencia se orienta hacia el "sí" exclusivo de la voluntad del Padre y encuentra su forma más precisa en la muerte por amor, en la cruz como Jesús o bajo la cruz como María.

Vaticano II nos dice que "para que se pueda conceder esta fe, se necesita la gracia de Dios que previene y socorre y la ayuda interior del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo vuelve a Dios, abre los ojos de la mente y da a todos dulzura en consentir y en creer a la verdad" (DV, 5).

La Catequesis debe cultivar el espíritu de fe. Debería insertar al cristiano en un clima de oración y de apertura al Espíritu de Jesús que siempre guía y manda, de modo que esté en grado de abandonar su proyecto en favor del designio de Dios.

La fe, todavía es siempre expresión de la libertad personal. Cualquiera que sea la llamada de Dios, también aquella extraordinaria de Saulo, es necesario que la persona armonice las dotes de su naturaleza y las cualidades personales bajo la conducción unificadora de la libertad que se empeña voluntariamente por Dios.

El empeño es total. La libertad en la vocación no es sólo una decisión aislada que afecta solamente una zona de la vida, sino la expresión espiritual de toda su organización. No es una veleidad, esto es una voluntad no encarnada, sino la expresión "personal" de toda la individualidad del sujeto.

La atención a Cristo hace de tal manera que la revelación de Dios llegue a ser también revelación del hombre, esto es, de la relación entre las diversas llamadas. Aquí se nos advierte que la catequesis debe ayudar a cambiar nuestro modo habitual de responder a Cristo: no se nos ha llamado a ser hombres y después a ser cristianos. Sino primeramente se nos ha llamado, simplemente, a formar parte de Cristo, a participar en su historia pascual, hecha de sacrificio y de muerte. Entonces, los ideales humanos, urgentes en el corazón, llegan a ser la materia con la cual Cristo cons-

truye en nosotros y con nosotros la gloria. La pascua de Cristo adquiere la primacía y viene a ser el criterio de la intervención orientadora de la catequesis.

La catequesis debe saber también que al hombre le es imposible elegir sin renunciar para siempre a otras cosas. De otro modo el hombre se convertiría en un veleidoso. Sería un "sí", pero por ahora, sin continuidad.

El "sí" de la vocación implica el empeño del hombre global con su cuerpo y con todos los recursos interiores: inteligencia, sensibilidad, afectividad, imaginación.

El "sí" es un acto de confianza en Cristo por toda la vida. Hoy en día, algunos ponen en duda su elección, aduciendo la falta de libertad en el momento de la decisión. Dice Roger Schutz que esperar tener una lucidez total para pronunciar un "sí" que permanezca "sí" por toda la vida, es también exponerse **al peligro de no tener más nada para ofrecer**. El "sí" muy simple de una persona que se abre a la gracia, se convierte en el gozne en torno al cual se elabora una continua creatividad.

Es un centro de referencia que permite todas las audacias. Ciertamente la decisión personal de la libertad movida por la fe es un acto de audacia realizado con humildad.

La elección implica un empeño histórico que da sentido a la vida. Empero nace en la confianza y en la cruz. Ella vuelve responsables en una comunión de plena solidaridad.

Finalmente, en la vocación cristiana todo reposa o recae en la elección, que no sobre la capacidad personal del hombre. Es Dios el que se empeña por el hombre y el hombre es impactado, tocado.

El conocimiento de la pobreza del hombre (pensemos, por ejemplo, en la ancianidad de Abraham y en la esterilidad de Sara), fortalece, robustece, la necesidad de sentirse verdaderamente invitado a una tarea común con Dios. El cristiano, a través del destino de Jesús, tiene la certeza que donde termina la operatividad activa y visible, comienza el dolor, la enfermedad y la falta del éxito externo, **no se interrumpe su tarea**; aún más, es precisamente allí que nace. Como la semilla, el hombre antes de dar fruto debe caer en la tierra y morir. Esto trae consigo un concepto dinámico de vocación, muy diverso de un simple equilibrio estático entre el Dios que llama y el hombre que responde (11).

La catequesis deberá quizás creer con más convicción que el proyecto de Dios es un proyecto a medida del hombre, aún cuando el valor propuesto por Dios está desplazado de la realidad. En ese momento el cristiano maduro es quien "ha crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos" (Gál. 5, 24). Lo radical de las llamadas de Jesús exige la donación total de la propia existencia a la existencia del Maestro.

El que obedece nunca sabe por anticipado a dónde lo conducirá el camino de la adhesión. Debe someterse a Dios y superar todos sus proyectos, humanos o espirituales, haciendo de ellos un sacrificio a la pura voluntad del Señor.

(11) Muy interesante a este propósito el libro de Jacques Loew, *Comme s'il voyait l'invisible, un portrait de l'apôtre d'aujourd'hui*, Du Cerf, París, 1964. pp. 29-42.

El hombre que renuncia al propio proyecto para responder a la llamada, no cae en el vacío. La identidad del cristiano descansa precisamente en la aceptación de la misión. Esta misión coloca al cristiano en la "secuela" de Jesús. Esta "secuela" lleva a Jerusalén. El cristiano es aquel que lo abandona todo. Aquel que centra su vida únicamente sobre Jesús, por "amor suyo" (Mc 10, 29) para adherir a él sólo.

El llamado de Dios y la adhesión incondicional son la fecundidad absoluta, el mismo acto generativo: "Al vencedor le pondré de columna en el Santuario de mi Dios" (Ap. 3, 12).

III. LA IGLESIA, SACRAMENTO DE SALVACION DEL MUNDO

La originalidad de la vocación cristiana no consiste sólo en el hecho de que la iniciativa viene del Dios Vivo que interviene personalmente en la historia humana. Dios interviene definitivamente, no en una sola persona, sino en una **comunidad de personas** que tiene una particular misión sacramental. La catequesis existencial no puede quedarse al nivel de la sola persona. El discurso pues no estaría en la línea de la eclesiología del Vaticano II.

1. La vocación cristiana es una vocación comunitaria

El Concilio, sin condenar el pasado que no es el caso, ha subrayado que la Iglesia, por voluntad divina, es el nuevo pueblo que es por entero sacramento de salvación: "Dios quiso santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente" (L. G. 9). Aquello que realmente prima en el análisis del problema de la catequesis de las vocaciones es el "nosotros" de la Iglesia. Este "nosotros", creado por el Espíritu entre aquellos que están unidos a Cristo, es la Iglesia, sacramento de salvación para todo el mundo.

Este "nosotros" casi siempre es vivido en forma **invisible** en la existencia de cada día. Vive en los pequeños centros de irradiación, como pequeñas luces, en la noche del mundo. Estas comunidades, por su comunión, son la Iglesia universal esparcida por toda la tierra. La vocación es comunitaria (12). La misma etimología "vocación", del griego "**kaleo**", nos sugiere que tenemos que pensar en una "**Ecclesia**", antes que en una u otra persona.

Los cristianos somos una comunidad de salvación por el "servicio" que realizan entre ellos y en medio de los hombres, sobre todo en medio de los pequeños y emarginados; por la confesión de la única fe; por el testimonio que llevan de Cristo muerto y resucitado; por **la comunión** que existe entre ellos y que no puede no ser

(12) Como en la novela de Solzhenitsyn "Pabellón de cancerosos", los hombres de estas comunidades aparecen en toda su sencillez y profundidad. Cesan las luces de los reflectores. Cesa la exterioridad pura. Aparece la realidad.

el signo de la victoria del Espíritu de Reconciliación; por la **celebración de los sacramentos**, sobre todo de la Eucaristía, hacia la cual todo converge. La Iglesia es "aquella porción de la humanidad" que, movida por el Espíritu, confiesa a Cristo y dice, toda unida, "Padre nuestro".

Veamos ahora algunas proyecciones pastorales de este importante aspecto comunitario:

a) La "Vocación" y las vocaciones

En la pastoral de la vocación cristiana es preciso distinguir el sentido fundamental y común de vocación de aquellos derivados y particulares. Es decir, hay que **distinguir "la Vocación", de las vocaciones.**

— "La Vocación" es el llamado divino dirigido a toda la Iglesia, como sacramento de salvación, que tiene que ser realizado en forma comunitaria y responsable por todos los miembros del Pueblo. La catequesis de la vocación no se realiza en el círculo cerrado persona-Dios, sino en aquel misterioso **persona-Dios, en la mediación de la Iglesia.** La Iglesia no es una simple institución. Es el Sacramento, el lugar en que se viven, en el Espíritu, la unión con Cristo y la relación amorosa y obediente al Padre: en la fe, en los sacramentos, en la comunión, en el servicio y en la conciencia de una misión recibida.

La "Vocación" es presencia viva y encuentro de aquel que escoge con aquel que es escogido en la comunión sacramental y existencial.

Así Dios llama en Cristo por medio de la Iglesia, y el hombre responde en Cristo por medio de la Iglesia. Cristo y la Iglesia constituyen la **vocación cristiana del mundo.** El elemento fundamental de la vocación cristiana es la conciencia explícita de ser miembro corresponsable del pueblo de Dios, o mejor todavía, es la conciencia de "ser cristiano".

La pastoral de la catequesis de la vocación lleva a la **fe de una comunidad.** El nexo no es sencillamente la llamada-vocación. El nexo está entre la comunidad cristiana concreta que vive de fe y responde a Dios en la fe.

No cualquier fe, sino la fe de la Iglesia como es vivida por una comunidad determinada y la reflexión actuada en seno a esta vida común en la fe para corresponder a la llamada del Espíritu.

El "cristiano" propiamente hablando, no es ni el "clérigo", ni el "laico", ni el "religioso", sino "la comunidad eclesial".

De hecho, estrictamente hablando, no existe "un" cristiano. El Espíritu, cuando es ofrecido y es recibido, transforma a los hombres en "servidores". El misterio de la Iglesia, cuando es aceptado por los hombres, se transforma en "ministerio" por parte de estos hombres. La Iglesia es sacramento de salvación en ese "nosotros" de los cristianos, allí donde cada uno se une a los otros, aunque permanezca él mismo.

Este "nosotros" lo encontramos en las distintas comunidades, esparcidas por el mundo. En estas comunidades el cristiano trasluce en el mundo, desde un centro vivo y ardiente, que es el misterio de Cristo celebrado litúrgicamente.

Quien es llamado vive en "comunidad". Aunque a veces lo encontremos solo, en la vida diaria, este cristiano demuestra que su existencia descansa en los sacramentos que son los sacramentos de la conversión de las personas y de la Iglesia. Este cristiano se reconoce como llamado a ser Iglesia.

Entonces, y esto es fundamental para la catequesis de las vocaciones, **"la Vocación" se refiere al "cristiano"**, o sea a la comunidad de fe.

Esta es la "Vocación". Es única y universal, porque pertenece a la Iglesia, sacramento de salvación y unidad mística.

Hay que confesar que esta visión es una revolución copernicana en la pastoral de las vocaciones. Si fuera verdad que hay crisis de vocaciones en la Iglesia, el primer paso a dar para resolverla consistiría en la renovación y vitalización de la comunidad eclesial. En cualquier lugar del mundo en donde existe una comunidad que viva del fuego del Espíritu se hará oír de nuevo la llamada de Dios.

La catequesis de la vocación es entonces fundamentalmente una catequesis de la comunidad y una catequesis comunitaria. Con ella desaparece la oposición "vida interior de la Iglesia" y "misión en el mundo"; vence también esta otra: "vida en la Iglesia" y "misión" como si existieran vocaciones para "testificar la Iglesia" y vocaciones para "construir la Iglesia"; supera también el dualismo "sacramento-evangelización" (13).

Cuanto más la catequesis de las vocaciones elimina esas oposiciones, tanto más se logrará ver la Iglesia, sacramento de Salvación, en donde el **sacramento es el contenido mismo de la evangelización** y "la Vocación" es el contenido y el fin de toda catequesis.

—"Las Vocaciones" son una llamada divina para diferentes "ministerios" y "carismas" necesarios para el funcionamiento orgánico de la comunidad cristiana. Se explican en relación a la "Vocación" común. No se concibe en la Iglesia-Sacramento un cristiano que no desarrolle responsabilidades y ministerios muy determinados (14).

Esta diferenciación de ministerios y carismas es necesaria, más que nunca hoy, para que los hombres puedan encontrar a la verdadera Iglesia. Las "vocaciones" hallan su razón de ser en la "Vocación". Son auténticas y robustas, sólo **si brotan y viven en función de la Vocación de la Iglesia**. (Ef. 4, 11-13).

Más aún, precisamente porque todas las "vocaciones" en la Iglesia están al servicio de la "Vocación", son profundamente complementarias entre sí. La Iglesia no descansa, como en el pasado, en el solo ministerio de los presbíteros, sino en el conjunto de los cristianos. Ella es toda ministerial a través de los diferentes ministerios. Esta complementariedad de los "ministerios" o de las "vocaciones" trae una honda renovación en la pastoral de las vocaciones (15).

(13) **"Tous responsables dans l'Eglise?"**, Asssemblée Plénière de l'Episcopat français. Ed. Du Centurion, 1973, pp. 14-16.

(14) **Ibidem**, p. 16.

(15) Cfr. de Ch. Wackenheim, **"Une théologie des ministères"** en "Revue des Sciences Religieuses", 47, 1973, pp. 5-8.

No sólo habrá que superar toda unilateralidad, sino la misma acción pastoral y catequística tendrá que **fijar su objetivo en la comunidad.**

Llegamos así al centro del problema: una catequesis de las vocaciones se justifica en la medida en que existan **comunidades que vivan y transparenten solidariamente en el mundo una libertad buscada por los mismos no-cristianos.** No se trata de un nuevo método pastoral, ni de crear una nueva especie de proselitismo cristiano. Se trata de ser lo que somos conjuntamente: hermanos y hermanas que conviven, en la comunión sacramental y existencial, el compromiso de amor de Cristo y están abiertos a los hombres y a la sociedad.

Esta catequesis es larga. No tiene un programa determinado con anterioridad. Vive lo imprevisible de las cosas humanas. Pero si la comunidad en su conjunto empieza a participar en todos los niveles, por fidelidad al Señor y por fidelidad mutua de servicio de unos con otros, entonces de a poco surgirá el acto catequístico, y por eso mismo la catequesis vocacional.

b). **La Iglesia es la vocación "sacerdotal" del mundo**

La Iglesia no es el mundo, pero está hecha con la carne del mundo. Está hecha con hombres verdaderos animados por el Espíritu. Ella tiene que revelar al mundo cómo se convierte a Dios escuchando su palabra y celebrando la Pascua de Cristo. Ella sirve al mundo revelando al mundo esta nueva vida.

Como escribe R. Coffy "si la Iglesia quiere ser signo, es necesario que no se canse de decir el mensaje de Jesús, en primer lugar, no al mundo o a los otros, sino a ella misma", pues su mensaje brota de su conversión (16).

Considerar la Iglesia como sacramento, significa deshechar la oposición perjudicial entre "vida interior de la Iglesia" y "presencia al mundo". Esta visión implica una profunda renovación de la pastoral de las vocaciones.

La vocación tendrá que ser presentada como **levadura del cosmos** para llevar la historia de la humanidad hacia su auténtica realización. El cristiano no posee soluciones definitivas. En el esfuerzo de humanización tendrá que ser solidario con los demás hombres. Sin embargo, conociendo el empeño de Dios en la encarnación, muerte y resurrección de Cristo tendrá un horizonte más amplio. Esta luz no resuelve el trágico aspecto de la existencia, pero puede iluminar y aportar ayuda. El cristiano se transforma en testigo de esta luz, tomando responsabilidades concretas en favor de los hermanos (GS. 22).

El Concilio afirma que la tarea de la Iglesia es bivalente: tiene que dedicarse tanto a la evangelización y santificación de los hombres, como a la orientación del mundo hacia Cristo restaurando todo el orden temporal (A.A. 5).

Esta misión bivalente forma parte de la "vocación" de todos los miembros de la Iglesia y es un verdadero apostolado: "toda la actividad del cuerpo místico

(16) Op. cit. p. 66.

orientada a este fin se llama apostolado que la Iglesia ejercita por medio de todos sus miembros, por supuesto en forma distinta" (A.A. 2).

Este llamado comunitario es propiamente una vocación sacerdotal. Cristo ha dado a su tarea salvadora una contextura sacerdotal; toda la comunidad eclesial es un Pueblo sacerdotal. Los que corrientemente se llaman "sacerdotes", son, de hecho, ministros de la vocación sacerdotal de toda la comunidad (17).

Existe, por lo tanto, en la catequesis una unión constitucional con el mundo en la metodología de la "vocación". El acto catequístico emana de esta relación. Si Cristo llama a la Iglesia a ser fiel con la humanidad, la catequesis, como consecuencia, tiene que aceptar su rol profético y tiene que estimular continuamente al cristiano para que tenga una conciencia aguda de los valores y necesidades humanas.

La catequesis no puede conformarse con enunciar principios generales. Tiene que correr el riesgo de estar encarnada, como su Fundador. La catequesis de la vocación tiene que estimular a los cristianos para que tomen actitudes precisas en relación a su vocación, que es de vivir como Cristo, completamente para los demás.

La Iglesia y el mundo no son extraños entre sí. Se vinculan en una sola realidad en la relación de "levadura-masa" (GS. 45). En la visión, entonces, de Iglesia, como sacramento de Salvación, hay que decir que la Iglesia está para el mundo y el mundo para la Iglesia, aunque por razones diferentes.

En la Iglesia hay que distinguir dos aspectos: aquel de Iglesia, sacramento de salvación, y aquel de Iglesia, inicio del Reino de Dios. Como salvación, la Iglesia está toda para el mundo, organismo de construcción de la nueva creación. Como Reino de Dios es el punto de llegada y el objetivo del mundo.

En los dos sentidos se puede decir que la Iglesia es la "vocación definitiva del mundo"; en la Iglesia se encarna la llamada de Dios y en ella tiene principio la realización final de la historia humana (Cfr. GS. 45).

Esta visión aporta a la pastoral catequística de la vocación cristiana, no sólo un equilibrio entre "la vocación" y las "vocaciones", sino una nueva forma para considerar la "vocación" misma de la Iglesia.

Abre nuevas perspectivas en la consideración de la relación entre lo natural y lo sobrenatural y exige una superación en la consideración dicotómica de las distinciones entre "sagrado" y "profano", entre valores temporales y valores escatológicos, entre evangelización y civilización.

Esto nos dice que la vocación de la Iglesia no se opone a la vocación del hombre. Ella es más bien su explicitación. Quien sea el hombre que tiene que ser humanizado, en fin de cuentas, lo sabe solamente el cristiano que tiene conocimiento del empeño de Dios en Cristo.

(17) "El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque difieren entre sí esencialmente y no sólo por grado, se ordenan el uno al otro; en efecto, cada cual participa de forma peculiar del único sacerdocio de Cristo" (LG. 10). Así pues, una teología de la vocación sacerdotal debe reflexionar, antes que nada, en el sacerdocio supremo de Cristo y en el sacerdocio común del Pueblo de Dios.

Por otra parte, Cristo convida al cristiano a apartarse de las riquezas, del poder, de la satisfacción y de la gloria. El cristiano es aquel que tiene hambre de otras cosas que no sean el pan y los bienes materiales.

Como Cristo que se ha "ofrecido" (Hb 10,10) en "libertad" ("Yo me consagro a mí mismo": Jn. 17,19; Hb 7,27; 9,14) para volverse "rescate por muchos" (Mc 10,43), el cristiano es quien renuncia a todo, se libera de todo, con la sola finalidad de ser con mayor eficacia aquel que se compromete por todos y por todos se desmembra (18).

El cristiano vive esta vocación en plena disponibilidad para condensar e intensificar la manera de vivir de Cristo.

El vive para que el mundo llegue a ser epifanía de Dios. Se empieza así a intuir que la catequesis de la vocación tiene que cimentar en cada cristiano antes de cualquier otra elección, la convicción de como sea difícil apartarse de la visión global de la Iglesia, sacramento de salvación, y cooperar, al mismo tiempo, en la construcción del mundo humano. Esta tarea es mucho más difícil para el cristiano, cuando la mayor parte de sus colaboradores no comparte con su visión, antes bien la rechazan.

2. La Iglesia es en su totalidad "ministerial"

Hemos visto que "la vocación" en el cristianismo tiene un aspecto comunitario. Esta es la gran novedad que aporta, como hemos visto, un cambio notable para la teología y catequesis de la vocación.

Quisiera ver ahora, rápidamente, otra novedad de la "vocación" cristiana. Es una visión existencial original, muy útil para la metodología de la catequesis vocacional.

La llamada comunitaria es una vocación ministerial

Cristo ha dado a su misión salvadora una contextura sacerdotal. Eso quiere decir que toda la comunidad eclesial es un Pueblo sacerdotal. En Cristo se cumple con plenitud el misterio de Dios. Cristo, sin embargo, se asocia a nombres que serán sus discípulos y enviados. El Espíritu que es donado y recibido, transforma a estos hombres en servidores. El misterio de la Iglesia, cuando es recibido por el hombre, se transforma en ministerio para estos hombres. Todos son solidariamente un pueblo sacerdotal.

La *Lumen Gentium* nos dice que hay un "sacerdocio común" propio de todos los cristianos (LG. c. II) y un "ministerio sacerdotal" propio de los consagrados al servicio del pueblo.

(18) Cfr. de Hans Urs Von Balthasar, *Klarstellungen, Zur Prüfung der Geister*, Verlag, Herder, Freiburg im Breisgau, 1971, en el capítulo "Los tres consejos evangélicos". Se leerá también con provecho: "¿Quién es un cristiano?", Ed. Guadarrama, Madrid, 1967.

Una catequesis existencial de la vocación tiene que reflexionar, ante todo, en el sacerdocio soberano de Cristo Jesús que es el verdadero celebrante de todos nuestros sacramentos y del sacramento general de salvación que es la Iglesia.

a) Jesucristo único sacerdote

La vocación ministerial del cristianismo no se define por una función ritual de culto, sino por la **persona de Cristo**.

El sacerdocio cristiano no es el producto de un raciocinio, ni de una tradición cultural, ni tampoco una continuación del sacerdocio levítico del A.T. Es el resultado existencial de la **encarnación del Verbo**. El sacerdocio es Cristo. Cristo y sacerdote, son dos títulos intercambiables. Es un sacerdocio concluido, perfecto. No se le puede agregar nada. Es una mediación interrumpida, realizada sobre la tierra en la Cruz y consumada en la glorificación pascual en donde Cristo sigue "viviendo siempre para interceder por nosotros".

Esta visión existencial de la vocación ministerial es una gran novedad. Quisiera subrayar un poco esta originalidad, porque proyecta una luz especial sobre la catequesis de las vocaciones.

En la base de la vocación sacerdotal cristiana está el ministerio de la encarnación. El secreto último del sacerdocio de Cristo radica en la unión hipostática.

Señalo aquí tres aspectos de la originalidad del sacerdocio de Cristo:

Superación de la dicotomía entre "sagrado" y "profano"

Cristo, por la santificación de la unión hipostática, ha superado la distinción y, a veces, la división, entre sagrado y profano, típica de ciertas religiones.

La actividad religiosa pertenecía exclusivamente al mundo de lo sagrado, mientras que lo profano no tenía ningún sentido cultural.

En Cristo, su "consagración sacerdotal", su "oblación sacrificial" no son ritos sagrados, sino **acontecimientos de su vida "profana"**. Tienen, si queremos, un contenido "sagrado" con un involucro "profano". De hecho, la "consagración sacerdotal" de Jesucristo se realiza en el acontecimiento biológico, si así se puede decir, de su concepción y su "oblación sacrificial" es la pasión y la muerte en cruz, que es un acontecimiento social, propio de cualquier condenación a muerte.

El nuevo sacerdocio va más allá de la distinción entre "sagrado" y "profano". Cristo al santificar lo asumido en la encarnación, hace que la **liturgia sea la historia misma del hombre**. El sacerdocio de Cristo devuelve a la historia humana su vocación de liturgia concreta del cosmos.

La tipología "sagrado" y "profano" no es útil para la catequesis. Antes bien es perjudicial. La iniciativa de Cristo, en fin de cuentas, hace que el hombre con su existencia y su vida, sea sacramento de Cristo.

En este sentido, el pueblo de Dios es "sacramento general" de Cristo. Es decir es una comunidad que, en sus relaciones interpersonales, encierra, manifiesta, comunica y hace tangible la presencia de Cristo que, a su vez, es el sacramento personal de Dios.

Aquí se elimina fundamentalmente toda división entre "sagrado" y "profano". Esto no quiere decir que lo "profano" llegue a ser "sagrado". Lo "profano" permanece "profano". Pero no es ajeno a lo "sagrado"; no está lejos de Dios, porque no hay fractura entre los dos. Se amalgaman y más aún son inseparables.

Nexo entre lo "temporal" y lo "escatológico"

Hay algo más. El sacerdocio de Cristo supera la otra dicotomía del tiempo y eternidad, terrenal y celestial, temporal y escatológica. Jesucristo es el Señor resucitado: su sacrificio supera el tiempo y el espacio: es portador de la historia de la tierra. La resurrección de Cristo y su ascensión, no es el ocultamiento de la encarnación, sino el inicio de una nueva presencia a través de la comunidad sacramental de la Iglesia.

Cristo subió a los cielos, no para dejar de ser el "enviado" a los hombres, sino para empezar a serlo de manera "sacramental": "porque Cristo... estando sentado a la diestra del Padre, sin cesar actúa en el mundo para conducir los hombres a su Iglesia y por ella unirlos a sí más estrechamente..." (LG. 48; SC. 7).

Por el sacerdocio de Cristo hay, entonces, presencia de la resurrección en el tiempo. Lo temporal lleva en sí los gérmenes de lo escatológico; el futuro de la historia se hace tabernáculo del futuro absoluto; la vida de cada día llega a ser la mensajera de los valores de la resurrección y de la transfiguración final del cosmos con aquella misteriosa "continuidad discontinua" propia de una semilla (1 Cor. c, 15). Cierta mentalidad catequística pensaba que la escatología fuera como un "más allá" desunido de la historia y de sus problemas concretos. El "cielo" era el lugar de un descanso feliz después de haber evadido los amargos problemas de la vida. Sin embargo, resulta que el "más allá" está ya presente en el "acá" para ser transfigurado (GS. 39).

La vocación sacerdotal cristiana, porque está precisamente vinculada a la resurrección de Cristo, no es enajenación de la historia, sino dinamismo de transfiguración a través de la presencia del "más allá" en el hoy de la historia.

Todo esto nos lleva a dos conclusiones que me parecen de importancia para nuestro objetivo.

- a) **La primera conclusión** es la de deshecharnos, en la comunicación del mensaje de todas aquellas imágenes de Dios elaboradas por la especulación metafísica y por una cierta piedad popular. Dios no es un ídolo, alejado y fuera de la vida de los hombres. Dios es vivo en el interior del hombre y de sus problemas, no como problemas, sino como respuesta a cada problema suyo. Una respuesta no ideológica, sino viva, de cada día, existencial.

Esto significa que la persona y sus problemas constituyen el contenido concreto de la catequesis. Aún más, son el punto crucial y determinante.

- b) **Hay una segunda conclusión.** Esta coherencia y convergencia entre lo profano y lo religioso, tiene que llegar a ser una mentalidad constante de aquel que educa religiosamente.

Operación difícil que requiere de parte del educador ser una proyección de la actitud de Cristo. Esto quiere decir que el educador no tiene nunca que "desencarnar" lo que Dios ha encarnado.

Ningún catequista o pastor podrá aplicarse a la catequesis si no llega a comprender hondamente que la encarnación significa para él saberse ubicar concretamente en el mundo que es el suyo y existir para los demás.

No puede conformarse con el simple enseñar, o con el empujar a los demás a comprometerse. El mismo tiene que dar testimonio de su compromiso concreto con Dios y el mundo. Tiene que ser además, en su vida, un fuego. Orígenes cita estas palabras apócrifas de Jesús: "Aquel que esté cerca de mí, está cerca del fuego".

El catequista es una proyección de la actitud de Cristo delante de sus discípulos. Ser hombre de fe quiere decir para el catequista ser hombre de la verdad. Es decir el hombre que hace de su compromiso para con Dios y para con el mundo, un solo compromiso. Dios ama a este hombre. Más aún, se ha revestido del cuerpo de este hombre.

IV. LA VOCACION PRESBITERIAL Y DE LA VIDA RELIGIOSA

La sacramentalidad general de la Iglesia participa de todas las riquezas sacerdotales de Cristo y de su inagotable fuerza salvadora. Toda vocación religiosa desarrolla la actividad sacerdotal en las grandes líneas del sacerdocio de Cristo.

- En la línea de la **consagración** al Padre (u oblación), que implica una manera de vivir centrada únicamente en la llamada siguiendo a Cristo y mostrando al mundo la relación absoluta con su Palabra (19).

Los votos son el deseo de querer vivir el Evangelio de una manera radical que es la Regla última y normativa.

- En la línea de la **misión** a los hombres para la salvación, que implica el apostolado de la evangelización y la restauración de lo temporal en Cristo. Todos los elegidos reciben esta sacramentalidad para actuar en las dos líneas, aunque en distinto modo.
- Todos tendrían que ser **consagrados y santos**, y no sólo los religiosos, para el ofrecimiento y la oblación de la historia humana, a través de Cristo, al Padre (LG. 11). Por ejemplo, la comunidad tiene necesidad del testimonio de que

(19) Cfr. J. M. R. Tillard, *op. cit.*, pág. 165.

El significado preciso y central del religioso es de una total disponibilidad hacia el Señor, el cual a su vez es disponible sin reservas a la voluntad del Padre.

el amor es universal con respecto a los hombres y absoluto con respecto a Dios.

- Todos tendrían que ser **apóstoles de la evangelización**, y no sólo los presbíteros, para preparar y realizar, en colaboración con Cristo, esta oblación (LG. 9; A.A. 2).
- Todos tendrían que ser **"seglares"**, y no sólo los laicos, para la transformación, penetración del mundo y el ofrecimiento del mundo a Dios (A.A. 2).

Los carismas son gracias de Dios, donadas a cada uno, para el servicio de la comunidad. La consagración y la misión forman parte de la tarea de toda la Iglesia (20).

Además la Iglesia tiene necesidad de **vocaciones específicas**. Insistiendo en que toda la Iglesia es sacramento de salvación, se quiere señalar el **camino privilegiado**, que además para nosotros es una metodología catequística, para hacer florecer **vocaciones específicas**. Quiere decir, sobre todo, hacer tomar conciencia al conjunto de los cristianos de la tarea de inmensa urgencia, hoy, de promover vocaciones para el estado presbiterial y religioso.

La Iglesia es misterio. Es sacramento de salvación. Por esto su existencia es ministerial. Con todo, ella tiene necesidad fundamental, para poder existir y explicitar en lo mejor posible esta sacramentalidad, de individuos que a tiempo lleno se consagren al ministerio fundamental del sacerdocio y al ministerio carismático de la vida religiosa.

Por supuesto, el rostro de estos ministerios podrá cambiar, pero su presencia no puede en ningún modo faltar, sin perjudicar gravemente esta sacramentalidad. La vida cristiana de la comunidad tiene que colaborar normalmente al nacimiento, desarrollo y elección de los futuros presbíteros y religiosos.

El procedimiento podrá variar según los tiempos y las culturas. Hoy la crisis, lo repito, está a nivel comunitario. Es allí donde la espiritualidad de las vocaciones y la catequesis tienen que comprometerse más seriamente.

Quisiera dar algunas sugerencias a nivel de los dos ministerios, para facilitar algún elemento para una síntesis teológica.

1. El ministerio presbiterial, en unión y cooperación con aquel de los obispos, es signo y servicio del ministerio de Cristo, para el pueblo de la Nueva Alianza. Los presbíteros no son Cristo, sino servidores de Cristo, para ayudar a la comunidad a vivir, auténticamente, la vocación cristiana.

Esto quiere decir que el ministerio de los presbíteros está para la construcción y la dinámica de la sacramentalidad de la Iglesia: son signo y servicio de que la comunidad cristiana es convocada directamente por Dios, por una iniciativa de su gracia. Por esto, los presbíteros **significan y aseguran que** las comunidades cristianas esparcidas por todo el mundo, se reúnen como Iglesia de Jesucristo, apostólica y católica.

(20) Ver de J. M. R. Tillard: "Le projet religieux dans le mystère de l'Eglise" en "Devant Dieu et pour le monde", op. cit., pp. 281-351. Sobre todo: "Tous responsables dans l'Eglise", op. cit.

Por esto también, ellos son los **servidores** de la comunión. Comunión en el interior de la comunidad, haciendo de tal modo que todos sean activos, según la diferencia de los ministerios y de los carismas.

Comunión hacia lo exterior, con las demás comunidades cristianas, en el seno de la única Iglesia universal de Cristo.

Por último, ellos son los **servidores de la misión**. La llamada se cimenta sobre el carisma, que es otorgada para el servicio de la comunidad.

Recuerdan a la comunidad que es Dios quien llama libremente para enviarlo a realizar la misión hacia cada hombre.

2. El ministerio de la vida religiosa es un don que la Iglesia ha recibido de parte del Señor (LG. 43).

Es un carisma otorgado a la Iglesia. Pertenece a la Iglesia, existe para la Iglesia y es reglamentado por ella, por iniciativa divina.

Es un proyecto que no se caracteriza por el deseo de una actividad apostólica más intensa y más eficaz, sino por el radicalismo de querer esas actividades en relación intransigente con el "único necesario" que es Dios.

La vida religiosa sirve a la Iglesia en la medida que es indicadora del sentido total de todo, mientras se entrega a las tareas de promoción (21).

V. CONCLUSION

Hemos llegado, entonces, al final.

Con la crisis actual de las vocaciones, nos encontramos de espaldas a la pared. Desde varios años, exigida por las presiones sociales, por los descubrimientos psicológicos y por los estudios de la escritura y de la teología, la catequesis ensaya y experimenta sus metodologías. En el lapso de pocos años hemos pasado, en forma rápida, de la catequesis doctrinal, a la catequesis bíblica, litúrgica, eclesial, antropológica, política, hermenéutica.

Nunca se han escrito tantos libros, folletos y revistas. Las técnicas catequísticas han mejorado visiblemente. Sin embargo, me parece que la situación no haya cambiado mucho. A veces ha llegado a ser aún más oscura. ¿Habrá Dios abandonado a su pueblo? No lo podemos creer: Dios es fiel y permanece tal, en su amor con aquellos que ha salvado. Todo esto, sin embargo, aparece diferente si se considera como lugar por excelencia de la proclamación, ni la clase de catecismo, ni el ambón o el salón de conferencias, sino la **liturgia**, entendida como acontecimiento y empeño diario de Dios en Cristo.

(21) R. Voillaume, *Relations interpersonnelles avec Dieu*, C. R. C., 1967 y J. M. R. Tillard y Y. Congar, *L'adaptation et la rénovation de la vie religieuse*, Coll. "Unam Sanctum" 62, París, 1967, pp. 159-168.

La comunidad que hace la experiencia sacramental y existencial del amor de Dios en Cristo, en la celebración y en la existencia diaria, se transforma en centro de irradiación.

En estas comunidades la palabra de Dios no se vacía en teorías abstractas, sino que permanece presencia viva, personal y existencial.

Estas comunidades son en sí mismas un testimonio. Son el espejo, sin reflectores, de aquella fuerza que convida, también hoy, a seguir a Cristo. De ellas surgirá, así lo creo, el acto catequístico, simple y anónimo, que traerá sus frutos por la fuerza del Espíritu.